

Ricard Salvat, un entrañable amigo

Magda Ruggeri

MADRID

En una estancia en Barcelona mediados los años sesenta, el destino me hizo conocer casualmente a una joven estudiante de Biología que me pidió información sobre la Universidad de Bolonia, donde deseaba especializarse en Patología Vegetal y donde hoy es profesora. Al saber que me ocupaba de teatro, inmediatamente me habló de Ricard Salvat, explicándome que era un mito entre los jóvenes, un personaje cuya popularidad superaba el valor intrínseco de su arte para seducir y entusiasmar también a los profanos.

La fascinación y admiración profunda que este personaje le producía se debían al haber traído a España las novedades aprendidas en el Berliner Ensemble y al mismo tiempo haber llevado el teatro en lengua catalana a altas cimas de calidad. Me sorprendió ver tal entusiasmo en una persona tan ajena al mundo teatral y comprendí que, en la oscuridad cultural del franquismo, él debía representar una ventana abierta a las nuevas corrientes de los países libres y al mismo tiempo había sabido captar el deseo, siempre reprimido, de rescate, de renacimiento de la identidad, lengua y cultura catalanas. Su des-

bordante entusiasmo había contagiado a esta joven, transmitiéndole su profunda devoción por el teatro.

Cuando luego tuve la ocasión de conocer a Ricard Salvat y presenciar un espectáculo suyo, comprendí inmediatamente la fuerza de su personalidad arrolladora y su rara habilidad para extraer materia dramática de todo lo literario. Fascinaba porque sabía captar la esencia del quehacer teatral, servirse a la vez de antigua sabiduría y modernas tecnologías, integrar música, pintura y texto en un espectáculo de arte total. No es casual que por la Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual (fundada con Maria-Aurèlia Capmany como alternativa al Institut del Teatre, tradicionalista y afín al régimen) pasase toda la inquietud cultural y teatral políticamente comprometida y de allí saliese una generación de actores hoy afirmados nacional e internacionalmente. Es superfluo abundar en sus excepcionales labor y trayectoria.

De la común pasión por el teatro y de nuestros encuentros en coloquios y congresos nació una gran amistad que me hacía ver en él, por su singular modestia, al amigo más que al maestro. Jamás ha-



■ Ricard Salvat a l'Institut Espanyol de Cultura, a l'ambaixada espanyola a Roma, el 26 de novembre de 1983.
(Arxiu Magda Ruggeri.)

blaba de sus éxitos como director y creador (Fernando Lázaro Carreter le definió como «uno de los mejores escritores en lengua catalana»), de la larga lista de prestigiosos galardones, y prefería siempre escuchar, aprender algo incluso de quien seguramente tendría muchos menos conocimientos que él. Su gran generosidad y entusiasmo eran de estímulo permanente para el trabajo de los demás, como aconteció conmigo: conocedor de mi familiaridad con la música, me animó a escribir también sobre la ópera. Ha sido el único director de revistas de teatro que, percibiendo claramente su valor de espectáculo total, comprendía que el arte lírico no

debe estar reservado a una elite sino pasar a ser patrimonio del gran público, como siempre lo ha sido en Italia.

La lectura de sus ensayos, de extraordinaria erudición, y sus creaciones me han dejado la imagen de un intelectual y artista de grandeza absoluta. Como director, ha hecho siempre gala de una feliz inspiración: imágenes sorprendentes, geniales *raccourcis*, deslumbrantes fulguraciones, vigorosas improvisaciones. Le gustaba combinar energías y experiencias dispares, como hizo en las ediciones del Festival de Sitges, en algunas de las cuales tuve el honor de participar y presidir el jurado de textos.

Sus puestas en escena eran brillantes porque engrandecían el original, otorgándole una vigencia inusitada. No podemos olvidar cómo proyectó los textos y poesías de Salvador Espriu en *Ronda de mort a Sinnera*, espectacular montaje de excepcional belleza y calidad.

Apreciábamos su trabajo también porque, aun centrado en el teatro, tenía siempre una preocupación política crítica y progresista, con un compromiso que le llevó a formar parte del Consejo Mundial de la Paz, donde conoció a Sartre, Neruda y a muchos otros intelectuales, consciente de que el precio es siempre la marginación.

Obtuvo resonantes éxitos con sus montajes en Alemania, México, Argentina, Hungría, Italia, pero nunca el apoyo de las Consejerías de cultura catalanas, sin duda porque su insumisión al poder hacía de él un personaje incómodo.

Hay que reconocer a Ricard Salvat el mérito de haber conseguido hacer un teatro culto en tiempos de dictadura y el de ser el artífice del renacimiento del arte dramático catalán. El último e importante éxito ha sido la creación y dirección de 2004 a 2006 de EntreCultures, Festival Internacional de Teatro de Tortosa, que en sus tres ediciones ha proporcionado un

lugar de encuentro al arte teatral cristiano, musulmán y judío: otra iniciativa positiva y contracorriente que trasciende el ámbito de la escena.

A mi vuelta a España tras las últimas fiestas navideñas, él mismo me contó que había tenido problemas de salud durante un coloquio en Venecia en diciembre, pero, aun con la vitalidad algo disminuida, seguía percibiendo en él la pasión de siempre por nuestra común dedicación. Le exhorté a reducir la actividad, excesiva para sus 74 años, los viajes, la participación en tantas reuniones, y a limitar su entrega a la dirección de la bella revista que había fundado. Nos oíamos casi todas las semanas y parecía haberse recuperado, pero de repente nos abandonó, dejando un vacío incolmable en quienes le hemos conocido y apreciado.

Quiero manifestar el dolor por la marcha del amigo entrañable, sencillo y afable, siempre generoso sin contrapartidas, y la admiración por la grandeza de su trabajo ininterrumpido desde los años sesenta hasta su muerte. Todos los que hemos querido y admirado a Ricard nos sentiremos huérfanos de su persona, de su vasto conocimiento, de su entusiasmo y de su reivindicación de un arte siempre comprometido al servicio de los demás.